

Berna González Harbour
GOYA EN EL PAÍS
DE LOS GARROTAZOS

arpa

SUMARIO

INTRODUCCIÓN. EL FUNDADOR DE NUESTRO TIEMPO	13
1. Tras el rastro del hombre	19
2. La Quinta del Sordo	23
3. La fundición o el pelotazo frustrado	35
4. Fuendetodos: un pueblo emprendedor	45
5. Zaragoza y un carácter	57
6. Reyes entre el esplendor y la decadencia	69
7. España, en la inopia	79
8. La lucha por la libertad	87
9. El pintor que supo escribir	91
10. El año más misterioso: con la duquesa de Alba	103
11. Cambio de siglo	113
12. La iglesia, su crueldad y su hipocresía	117
13. El sexo en la corte de Carlos IV	121

14. La amistad amorosa o la ambigüedad con su amigo Zapater	129
15. No hay más héroes que los muertos	139
16. La guerra universal	149
17. El regreso de Fernando VII	157
18. Pinturas negras	165
19. Tierra de exilio para renacer	177
20. El cráneo de Goya: la odisea de sus restos	187
21. El mito, el hombre y las <i>fake news</i>	191
CRONOLOGÍA	195
BIBLIOGRAFÍA	203
VARIOS DIBUJOS CON HISTORIA	207
AGRADECIMIENTOS	213

*A mis padres, por abrirme puertas
que tardé tantos años en cruzar*

INTRODUCCIÓN

EL FUNDADOR DE NUESTRO TIEMPO

Goya retrató el presente. El artista aragonés no solo escaló hasta la cima más alta que puede alcanzar un creador cuando consigue captar y reflejar su tiempo: el deterioro de la monarquía y el poder, el sueño de la modernidad y la Ilustración, la desigualdad, la arbitrariedad, la prostitución, el abuso del clero, la miseria, la grandeza y las debilidades del país, sino que sembró en su obra las semillas del futuro. Visionario, precursor, Goya pareció predecir el futuro, que no es sino nuestro presente, y materializarlo en un reguero de óleos, grabados y dibujos íntimos que nos muestran los bucles de la historia, ese espejo al que mirarnos y que, cumplidos dos siglos, nos sigue reflejando.

Nos miramos a ese espejo y contemplamos nuestra belleza, nuestra vanidad, nuestra capacidad de divertirnos, entretenernos, bailar, beber y socializar a mayor gloria de los mejores ratos. Vemos la zalamería, vemos la valentía, el potencial de trabajo, de lucha, de fiesta, de conquista, de enamoramiento. Pero vemos también las

arrugas en la cara, las grisuras de un país capaz de pegarse a garrotazos, de matarse, de devorarse, y también los tumores de una España que si logra dar un paso adelante también es capaz de darlo de nuevo hacia atrás.

Goya nació en una España que miraba a Francia. Y murió en una Francia que dejaba atrás a España. Su vida fue, por tanto, el arco tensado desde el atraso hasta el atraso —de un atraso a otro atraso—, pero también desde el sueño de la razón que alumbró su andadura al sueño de escapar que lo acompañó al final. No hubo logros en el regreso de Fernando VII y el absolutismo a España. Pero sí los hubo en su obra, en la que fue capaz de transformar las desgracias del país en una biblia de la modernidad buscada. Él, artísticamente, la inventó. Obras como sus *Disparates* fueron preludeo del surrealismo y de otras corrientes del siglo xx. Sus *Caprichos* fueron un aviso a la fotografía. Y sus pinceladas, en general, han sido el espejo en el que grandísimos artistas como Picasso se miraron como él lo había hecho antes en sus maestros, que él proclamaba que eran: Velázquez, la naturaleza y Rembrandt. Porque Goya consiguió, como escribiría Baudelaire décadas después, «aunar a la alegría, a la jovialidad, a la sátira española de los buenos tiempos de Cervantes un espíritu mucho más moderno, o al menos mucho más buscado en los tiempos modernos». O, en palabras de Manuela Mena, quien fue jefa de Conservación de Pintura del siglo xviii y Goya en el Museo del Prado: «Su arte es como una flecha que atraviesa el tiempo y señala aquello que interesa o afecta profundamente a los que viven en un periodo concreto. Sus imá-

genes potenciaron su trascendencia y en cada periodo histórico, a partir de su muerte, Goya tuvo un impacto en la vanguardia, es decir en el arte de más elevada calidad y en el que está siempre en la frontera con el futuro».

Este libro no pretende repasar exhaustivamente su obra y su vida, que han encontrado en autores expertos libros memorables, sino que trata de aportar una mirada actual, desde estos años veinte del siglo XXI, de un artista que lo vio venir: nuestros bucles, nuestras piedras en las que tropezar cien veces, nuestras capacidades también. Allá donde hubiera un sueño, un conflicto, un personaje, un abuso, una sinrazón, Goya lo supo plasmar. Y entender. Es por ello por lo que, para quien esto escribe, no solo es padre de la modernidad e icono de una idiosincrasia perpetua, sino también el espejo y fundador de nuestro tiempo. Su *Duelo a garrotazos* es la viva imagen de nuestra capacidad de polarizarnos estos días en frentes inamovibles entre derecha e izquierda hasta unos límites retóricos que retrotraen a la Guerra Civil, entre independentistas y no independentistas, entre Cataluña y Madrid, entre el Madrid de Díaz Ayuso y la España de Pedro Sánchez, entre bandos que saltan al garrote sin capacidad de hablar y reconciliarse. Su *Pradera de San Isidro* es el espejo de nuestra capacidad de divertirnos, embellecernos, tomar las calles y disfrutarlas con tanta entrega y pasión que se han convertido en imán de gentes de todo el mundo que no solo buscan nuestro sol, sino esa ambición de pasarlo bien, de mezclarse y de improvisar. Sus *Desastres de la guerra* anticipan nuestra capacidad de destruirnos en la Guerra Ci-

vil. Sus *Caprichos* retratan los vicios de un clero eclesial que ha hecho tanto daño, la desigualdad entre hombres poderosos y mujeres utilizadas, prostituidas, que sigue definiendo tantas relaciones, y el pulso entre la razón y los monstruos —demasiados monstruos— que sigue ten-tándonos en nuestros días.

Sus retratos de Carlos III, pero sobre todo de Carlos IV y su familia y de Fernando VII muestran la decadencia borbónica de la que hoy su penúltimo protagonista, Juan Carlos I, ha añadido y sigue añadiendo capítulos infames. Podemos adivinar sus facciones, su rostro narigudo y sonrosado entre los de sus antepasados, como podemos actualizar los recelos familiares que ya se vislumbran en el gran cuadro de *La familia de Carlos IV* como si fueran de hoy, como si pudiéramos cambiar a la reina María Luisa por Juan Carlos y añadirles a Manuel Godoy y Corinna Larsen en su respectiva imaginación.

Sus Pinturas negras reflejan nuestra tendencia a devorarnos de tanto en tanto, a sucumbir a las corrientes más oscuras, menos racionales y menos luminosas que nos arrastran a lo peor de nosotros mismos, aunque lo veamos venir. Sus retratos de mujeres y hombres ilustrados, destacados en la cultura y la sociedad de la época, como los duques de Alba, los de Osuna, Moratín, Jove-llanos, Sebastián Martínez y otros, nos muestran la belleza de figuras que también lograron hacer de todo esto un país mejor, o al menos lo intentaron. Goya nunca regaló nada, no hacía concesiones ni a los reyes ni a los aldeanos, pero sí imprimió con generosidad la belleza inte-

rior que encontró en personajes que la tenían. Arriba o abajo. También hoy existen personajes así.

Su obra tan versátil, tan prolífica, recorrida por tantos géneros, técnicas, temáticas y variedades cromáticas a lo largo de más de seis décadas de vida profesional, en suma, es un espejo de nuestros defectos, nuestras virtudes y nuestra capacidad de caer y levantarnos una y otra vez. Por ello Goya habló de nosotros mientras hablaba de su tiempo. Y por eso hoy le debemos este reconocimiento a su capacidad para ponernos, hace dos siglos, ese espejo delante de lo que somos hoy. Si Lewis Carroll nos descubrió —de la mano de Alicia— un mundo en el que las maravillas incluían pesadillas, Goya nos anticipó un mundo en el que los garrotazos también incluían, como incluyen, ocasionales dosis de esplendor. Y a ese viaje lo vamos a acompañar.

Bienvenidos.

I

TRAS EL RASTRO DEL HOMBRE

¿Dónde se busca el rastro de un hombre? ¿Dónde?, ¿bajo qué tierra escarbar, qué piedras levantar para encontrar trazas de un ser desaparecido hace casi dos siglos que nos dejó todo a la vista —su obra— pero se llevó el secreto que lo convirtió en un visionario capaz de pintar nuestra vida, nuestro presente, nuestra degradación?

Están los documentos, sus actas de nacimiento y defunción, las de sus hijos, las cartas a su amigo íntimo Martín Zapater, sus cobros, sus contratos. Están los cementerios, pues yació en varios —y no de cuerpo entero porque robaron parte, como veremos al final— antes de su reposo definitivo bajo una de sus grandes obras: los frescos de la ermita de San Antonio de la Florida, en Madrid.

Sin embargo, no estamos buscando datos, hechos, números, amantes, ni siquiera la herencia dispersa y malvendida por su único y querido nieto, las obras perdidas o despistadas a la historia del arte en manos de coleccionistas o desabridos negociantes que no supieron

rendir tributo a su memoria. Para ello hay ejércitos de especialistas que saben lo que buscan y que a veces lo encuentran. Gracias a ellos la historia de Goya avanza lenta, pero constantemente.

Tampoco nos vale una autopsia, no estamos investigando un crimen. No al menos un asesinato canónico en el que la trayectoria de una bala en un cráneo o el corte de un arma blanca en los huesos nos dé pistas de una culpabilidad concreta.

Lo que estamos buscando es aún más difícil: captar la distancia evaporada entre la realidad y su mirada. No solo la suya, la de su tiempo, la de esa España que quiso asomarse a Europa y a la modernidad, pero que regresó por donde había venido a los brazos del absolutismo. Sino también la nuestra, la de este país que se mantiene en las trincheras a pesar de la prosperidad, donde el poder solo es legítimo si lo ejerce quien así lo proclama con sentido patrimonial. Llegaremos a ello.

Francisco de Goya y Lucientes pintó la España de hoy, no solo la suya. Fue capaz de proyectar hacia el futuro el mecanismo secreto por el que un país, como una persona, se hace fiel a sus defectos. A sus virtudes. Y es esa distancia evaporada, la fusión de su mirada con la realidad, la que convierte su vigencia en el misterio que intentamos desentrañar. Nada que ver con un crimen.

Por ello empezaremos por otro lugar, un lugar tan icónico como esfumado, tan perdurable en nuestra memoria como la del propio hombre que era Goya, de quien nos queda todo, aunque él ya no esté: la Quinta del Sordo. O, mejor dicho, el conjunto de pisos humildes y amon-

tonados que en su momento albergó a esta finca donde se levantaba la última casa de Goya en Madrid. La sede de las Pinturas negras. Porque, al igual que su dueño, no ha sobrevivido en pie, pero sí lo ha hecho su memoria.